

Branko Milanovic

Cómo diseñar un plan económico para el siglo XXI

China Daily, 10 de diciembre de 2025,

Durante las últimas décadas, el mundo ha experimentado una transformación drástica en la distribución de la actividad económica y, de forma menos drástica, en la distribución del poder político entre los países. El auge de Asia, y de China en particular, ha desplazado el centro del crecimiento económico hacia Asia Oriental y Meridional. Para 2015, el PIB total de China, según los *Indicadores de Desarrollo Mundial del Banco Mundial* (versión de octubre de 2025), medido en dólares de igual poder adquisitivo, superó el PIB total de Estados Unidos. Hoy en día, China produce alrededor del 20 % de la producción mundial de bienes y servicios, y Estados Unidos, el 15 %. (A propósito, esta es la mayor participación de las dos principales economías desde principios de la década de 1950, cuando se recopilaron los datos del FMI y el Banco Mundial). Cambios similares —calculados también con la misma base de datos— se han observado en el caso de otras economías asiáticas. A mediados de la década de 1980, el Reino Unido y la India producían cada uno alrededor del 3 % de la producción mundial. Hoy, la participación de la India es del 8 % y la del Reino Unido del 2 %. Las participaciones de Indonesia y los Países Bajos han pasado de ser iguales alrededor de 1980 (1,2 por ciento de la producción mundial) a ser hoy la de Indonesia más de tres veces mayor.

Si consideramos los tres países asiáticos más poblados (India, China e Indonesia), representan alrededor de 3.100 millones de personas, o casi el 40% de la población mundial. Su participación combinada en la producción mundial es del 30%. Sus exportaciones totales ascienden a 4,6 billones de dólares (a tipos de cambio de mercado) de los 25 billones de dólares de exportaciones mundiales, lo que representa el 19% (*Indicadores de Desarrollo Mundial*). Sin embargo, los tres países tienen menos del 10% de los derechos de voto en el FMI, donde la última distribución de derechos de voto tuvo lugar en 2008. Si incluimos a otros grandes países asiáticos como Pakistán, Bangladesh y Vietnam, la desproporción entre la importancia económica de Asia y su representación en las organizaciones económicas multilaterales es enorme. Este no es un punto nuevo: se ha debatido durante años con cierto éxito, aunque muy modesto, en abordarlo.

En cierto sentido, la participación en los votos del FMI y el Banco Mundial no es muy relevante. Lo importante es contar con un poder de bloqueo que requiere el 15% de las acciones, y que actualmente solo posee Estados Unidos. Un reajuste de la participación en el FMI con el poder económico real posiblemente le quitaría a Estados Unidos el poder de veto y, quizás aún más importante, facilitaría que una coalición de países del Sur Global lo ejerciera conjuntamente.

Pero una cuestión más importante es la decisión de reformar radicalmente las organizaciones económicas internacionales existentes o de crear nuevas que reflejen mejor el poder económico actual y las políticas económicas que han

demonstrado ser exitosas. Esto último no es solo una cuestión de derecho de voto; es una cuestión de poder blando en el pensamiento económico.

China y los BRICS han dado algunos pasos iniciales en la dirección de crear nuevas instituciones, en particular con la fundación del Nuevo Banco de Desarrollo (por todos los países BRICS) y el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura. Sin embargo, ambos están en las primeras etapas con una resonancia global limitada. China y el Sur global carecen de experiencia en la creación de tales instituciones. Como muestra el libro de Mark Mazower *Governing the World*, todas las instituciones internacionales, desde la Unión Postal establecida en la segunda mitad del siglo XIX hasta la Organización Internacional del Trabajo (OIT) fundada después de la Primera Guerra Mundial y el Banco Mundial y el FMI en 1944, han sido creadas por potencias occidentales. En la conferencia de Bretton Woods en 1944, a pesar de las participaciones nominales de muchos países (por ejemplo, Egipto, Irak e India bajo el control británico efectivo o formal), China (representada por un gobierno que controlaba solo una parte del país), el poder de toma de decisiones recaía directamente en Estados Unidos y el Reino Unido. El desafío que enfrentan hoy los países BRICS es cómo "aprender" el arte de crear organizaciones internacionales que reconozcan las nuevas realidades económicas y políticas, a la vez que otorgan suficiente voz tanto a la potencia occidental, cuyo papel no es el mismo que hace ochenta años, como a muchas naciones más pequeñas. Es particularmente importante una mayor inclusión y una mayor voz para los países africanos que, en términos de población, son la única parte del mundo en expansión.

Existe también otra tarea de suma importancia para China. El reajuste del poder económico global implica que, económicamente, los países más exitosos del último medio siglo han sido asiáticos. La cuestión es cómo transmitir el conocimiento sobre lo que funciona en materia de desarrollo económico a otros países más pobres y con un ingreso per cápita muy inferior al de China. El camino de China hacia un país de ingresos medios-altos ha sido, en muchos sentidos, específico y reflejo de circunstancias nacionales particulares: desde la capacidad de descentralizar la toma de decisiones y, por lo tanto, comprobar qué funciona en la práctica, hasta un importante papel del Estado en algunos sectores, pasando por la capacidad de implementar decisiones económicas clave mediante un ejecutivo fuerte o de llevar a cabo campañas integrales contra la corrupción. Estas no son características que puedan replicarse fácilmente en otros lugares. Es importante intentar destilar qué características de las políticas económicas de China podrían aplicarse en otros lugares y dónde se espera que produzcan resultados similares en términos de crecimiento económico.

Esta no es una tarea fácil. No solo requiere determinar cuáles fueron los impulsores clave del crecimiento de China, sino también seleccionar aquellos de naturaleza más general. A pesar de muchas afirmaciones simplificadoras o exageradas en nombre del Consenso de Washington, los preceptos que este proporcionó fueron claros y tan generales (y abstractos) que podrían aplicarse tanto en un país pobre como Mali como en un país rico como Corea del Sur. Un énfasis irrazonable en algunos principios (la privatización de la mayoría de las actividades, incluyendo aquellas con externalidades significativas y poder monopolístico, o la eliminación de los controles de capital) fue una desventaja del Consenso de Washington, pero su naturaleza general fue su ventaja. Corresponde a China y a los economistas que estudian la experiencia china elaborar una lista similar de desiderata económica

que refleje mucho mejor qué políticas funcionan en el siglo XXI que el Consenso de Washington, definido originalmente en la década de 1980 en respuesta a la crisis de pagos en América Latina.